

Matteo Re

Técnicas discursivas de las narrativas terroristas y el papel de las víctimas en la creación de una contranarrativa

Discursive techniques of terrorist narratives and the role of victims in the creation of a counter-narrative

Resumen

En este artículo se analizan las técnicas discursivas utilizadas por parte de los terroristas y de su entorno y que conforman el andamiaje de sus narrativas. Asimismo, se han propuesto ejemplos concretos de tergiversación de la realidad a través de la distorsión del lenguaje. Aunque la mayoría de los ejemplos se refieren a ETA, se han incluido también textos de diferentes organizaciones terroristas a fin de demostrar la repetición de las pautas discursivas, totalmente independientes de la orientación política de la organización violenta.

En la segunda parte del presente texto, se hace referencia a la memoria de los años del terrorismo y se ahonda en la importancia de construir una potente contranarrativa centrada, especialmente, en la presencia de las víctimas como herramienta pedagógica útil para su rehumanización y para sensibilizar a las nuevas generaciones sobre los años del terrorismo.

Palabras clave: Terrorismo, Víctimas del terrorismo, Narrativa, Contra-Narrativa, Técnicas discursivas.

Abstract

This article analyzes discursive techniques used by terrorists, which are the core of their narratives. We provided specific examples of misrepresentation of reality by using a distorted language. Although the vast majority of examples are ETA-related, other terrorist organizations are also included to show that this repetition of discursive guidelines is not solely connected to a specific political orientation.

In the second part of the article, we highlight the importance of preserving the memory of political violence. In order to do so, it is crucial to build a powerful counternarrative strategy. This rehumanises the victims and makes new generations aware of the years of lead.

Keywords: Terrorism, Victims of Terrorism, Narrative, Counter-Narrative, Discursive Techniques.

Matteo Re, Profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Profesor del máster en Análisis y Prevención del Terrorismo. Miembro del Grupo de Investigación de alto rendimiento en Libertad, Seguridad y Ciudadanía en el Orden Internacional de la Universidad Rey Juan Carlos.

Recibido

16/09/2021

Para citar este artículo: Re, M. (2021), Técnicas discursivas de las narrativas terroristas y el papel de las víctimas en la creación de una contranarrativa, Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo, nº4, pp. 45-54.

Aceptado

22/10/2021

“No es a él al que mato. Yo mato el despotismo”

Los Justos, Albert Camus

“Matan y los matan, las guerras son así”

Patria, Fernando Aramburu

1. Introducción

Las dos frases reportadas arriba las pronunciaron, una, el protagonista de la obra de teatro *Los Justos* de Albert Camus, el anarquista Kaliayev, quien lanzaría la bomba sobre el gran duque Serguéi Romanov en la revolución de 1905, y, la otra, la madre del etarra en la novela *Patria* de Fernando Aramburu. En ambas se reproducen algunas de las técnicas discursivas que suelen usar, no siempre de manera intencional, los terroristas, sin depender de su orientación política. Por un lado, la deshumanización: “mato a un símbolo (el despotismo) no a la persona”; y, por el otro, lo que Franco Ferracuti (1982: 136) definía como “guerra de fantasía”, una guerra que solo existe en la cabeza de los terroristas: “Las guerras son así”.

Añadiremos otros ejemplos a lo largo de este artículo, deslindando las técnicas de manipulación del lenguaje usadas por las organizaciones terroristas y, a menudo, por su entorno.

Las contranarrativas del terrorismo, por su parte, están conformadas por todas aquellas obras (escritas, orales y audiovisuales) cuyo objetivo es oponerse al olvido, contar los hechos ocurridos y volver a humanizar a las víctimas, brindándoles protagonismo, contando sus historias o fomentando que sean ellas mismas las que narren sus testimonios. Se trata de una labor pedagógica que debe centrarse en la sociedad en su conjunto, pero extenderse especialmente entre los jóvenes.

2. La distorsión de la realidad a través de la manipulación del lenguaje

El terrorismo basa parte de su sistema comunicativo y su narrativa en la justificación moral de sus acciones. Los terroristas pretenden construir su propio relato a través de una constante distorsión del lenguaje, de su manipulación y de la tergiversación de la realidad.

Un ejemplo servirá para aclarar desde ya lo que se acaba de afirmar. El 16 de marzo de 1978 las Brigadas Rojas italianas secuestraron a Aldo Moro, en aquel entonces presidente de la Democracia Cristiana, primer partido italiano desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta su desaparición a principios de los años noventa. Anteriormente, Moro había sido primer ministro y ministro en repetidas ocasiones. Durante los cincuenta y cinco días que pasaron entre el momento del secuestro y el día del asesinato del rehén, los terroristas difundieron nueve comunicados. En ellos, se decía que Aldo Moro había sido “capturado”, “juzgado por un tribunal popular”, “condenado” y “ajusticiado”.

Queda patente la distorsión de la realidad a través de la manipulación del lenguaje. Aldo Moro no fue “capturado”, sino secuestrado. Le “juzó” un tribunal ilegal, que los terroristas edulcoraron definiéndolo como “popular”. Al rehén se le condenó sin que pudiera beneficiarse de ningún tipo de protección legal¹. Y,

1 Aldo Moro estuvo secuestrado en un zulo del mismo tamaño que el de Ortega Lara, que hoy se puede ver en el Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo en Vitoria. Como única diferencia, el de Aldo Moro se encontraba en una especie de trastero insonorizado en un piso de las

finalmente, los brigadistas afirmaron haber “ajusticiado” al secuestrado, en un país donde no se contemplaba la pena de muerte y en un periodo en el cual no había una guerra. Aldo Moro, por lo tanto, no fue ajusticiado, fue asesinado.

Este es solo un breve ejemplo de lo que nos encontramos analizando los textos redactados por los propios terroristas o accediendo a algunas de sus entrevistas. Albert Bandura, psicólogo canadiense muy atento a los fenómenos de radicalización, analizó, con mucho acierto, los principales mecanismos socio-cognitivos de justificación moral de la violencia que conforman la arquitectura sobre la cual se sustenta la narrativa terrorista. Detectó la presencia de un “desplazamiento de responsabilidad” (de abajo hacia arriba) en los textos producidos por los terroristas. Eso crea una coartada para el perpetrador para justificar sus acciones: “actué de esa forma porque me lo ordenaron mis jefes, no tenía otra opción”. Esta actitud, por cierto, se deriva de la disciplina militar. Pero esto no debería de extrañar, ya que los terroristas se creen envueltos en un conflicto bélico conformado por dos bandos enfrentados. Es aquella “guerra de fantasía”, ya mencionada en la introducción, que el criminólogo Franco Ferracuti definía como un conflicto que se halla solamente en la cabeza de los terroristas, obsesionados por la idea de un Estado enemigo que les ha declarado la guerra.

Otro mecanismo de justificación moral de la violencia explotado por los terroristas es la “difusión de responsabilidad”. El responsable de una acción violenta es el grupo, no el individuo, el cual, por lo tanto, acaba difuminando su carga en lo colectivo. Si todo el grupo es culpable, en el fondo, nadie lo es en su conciencia.

La “atribución de responsabilidad” es otro mecanismo, si cabe aún más perverso que los anteriores. Los terroristas responsabilizan a la víctima por el ataque sufrido. ETA, por ejemplo, tras el atentado del 29 de mayo de 1991 contra la casa cuartel de Vic, en su reivindicación, afirmó lo siguiente: “Las vidas de nuestros militantes como la de los guardias civiles y familiares muertos podían haber sido salvadas si el Gobierno del PSOE hubiera tenido la altura y la valentía mínimas como para acceder a una política de gestos mutuos que prefiguren el reinicio de las conversaciones políticas”. La responsabilidad, por lo tanto, según ETA, debía de recaer en el gobierno, por no haberse doblegado a sus peticiones, no en los perpetradores de la masacre. Otro ejemplo de “atribución de responsabilidad” nos lo proporciona Josu Zabarte, uno de los miembros de ETA más sanguinarios. En una entrevista realizada en 2014, es decir a tres años del abandono de las armas por parte de la banda terrorista, afirmaba: “Yo no he asesinado a nadie, yo he ejecutado ... El Estado me ha empujado. Para mí es el Estado el terrorista, el que obligó a ETA a tomar una serie de decisiones” (El Mundo, 2014). Alejándonos del terrorismo etarra, Abu Rashid (nombre ficticio), miembro de Al Qaeda y asesino del rehén norteamericano Nick Berg, comentando el degollamiento del prisionero dijo a la periodista Sara Daniel (2004): “Traté de negociar el intercambio de Nick Berg con prisioneros. Fueron los estadounidenses los que se negaron. Ellos son los verdaderos responsables de su muerte”.

El periodista norteamericano James Foley, para terminar esta ristra de ejemplos de atribución de responsabilidad, segundos antes de que la navaja le degollara pronunció -muy probablemente obligado por sus captores- las siguientes palabras: “Invito a todos mis amigos, a mi familia y a mis seres queridos a levantarse contra mis verdaderos asesinos, el gobierno de los Estados Unidos. Porque lo que me sucede hoy es sólo una consecuencia de su complacencia y criminalidad”.

afueras de Roma, lo que por lo menos le preservó del frío y la humedad que, sin embargo, sí tuvo que soportar Ortega Lara. Por lo demás, podemos afirmar que el rehén no estaba en unas condiciones adecuadas como para defenderse a sí mismo.

Quizá la distorsión de la realidad que más crea una narrativa de aceptación supina e indiferente de la violencia sea el proceso de “deshumanización” al que se ven sometidas las víctimas. A estas se les despoja de todo tipo de semblanza humana, convirtiéndolas en símbolos de todo lo que los terroristas rechazan. Al no ser personas, por lo tanto, se les puede acosar, insultar, atacar y matar, sin ningún remordimiento. Fernando Reinares, en un libro de entrevistas a militantes de ETA (*Patriotas de la muerte*) reproduce un claro ejemplo de deshumanización de la víctima. Un etarra, encargado de vigilar a un empresario secuestrado, recuerda aquella experiencia:

“Estuvimos con él 24 o 25 días [...] hablamos, hablamos de todo [...] era muy campechano [...] recuerdo habernos abrazado y todo. Habíamos hecho planes para después de la liberación, para vernos alguna vez y tal [...] Entonces un día me llamaron y me dijeron: le tenéis que pegar un tiro [...] lo metimos en el coche, lo llevamos a un descampado, le sacamos y ¡pum!... No recuerdo ningún sentimiento ni de pena... ni nada de eso. Encima, ¡si no se le mata a una persona! Eso es muy curioso, igual es muy difícil de entender, pero nosotros estábamos matando a un empresario. Incluso hoy, cuando matas a un guardia civil no matas a la persona. Yo nunca vi allí un hombre de carne y hueso” (Reinares, 2011: 98).

El léxico también es cómplice de esa deformación de la realidad presente en los comunicados de los terroristas. Abundan palabras como “prisioneros” en lugar de “secuestrados”, “impuesto revolucionario” en vez de extorsión al más puro estilo mafioso, “violencia defensiva”, justificada, y “represión” por parte de un Estado que solo pretende que se cumpla la ley, “guerrilleros”, “luchadores para la libertad”, “gudaris” en lugar de terroristas.

La tergiversación de la realidad a través del lenguaje se mantiene incluso una vez terminada la violencia y disuelta la organización. Analizando los dos últimos comunicados de ETA, es posible ver como la banda terrorista, también cuando declaró el abandono de las armas y su definitiva desaparición, no dejó de reproducir una narrativa distorsionada. En el mensaje de 2011 afirmaba:

“En Euskal Herria se está abriendo un nuevo tiempo político. Estamos ante una oportunidad histórica para dar una solución justa y democrática al secular conflicto político. Frente a la violencia y la represión, el diálogo y el acuerdo deben caracterizar el nuevo ciclo. El reconocimiento de Euskal Herria y el respeto a la voluntad popular deben prevalecer sobre la imposición. Ese es el deseo de la mayoría de la ciudadanía vasca” [...]

“La lucha de largos años ha creado esta oportunidad. No ha sido un camino fácil. La crudeza de la lucha se ha llevado a muchas compañeras y compañeros para siempre. Otros están sufriendo la cárcel o el exilio. Para ellos y ellas nuestro reconocimiento y más sentido homenaje”.

ETA se presentaba en este texto como actor político indispensable para resolver el “conflicto” y contraponerse a la “violencia y a la represión” de España y Francia. El binomio “conflicto” y “represión” se mantiene en la narrativa del entorno de ETA hasta hoy. Además, la banda se hace eco de la “voluntad popular” y del “deseo de la mayoría de la ciudadanía vasca”, como si eso (además de ser falso) legitimara la violencia cometida. Finalmente, se recuerdan la desaparición de las compañeras y los compañeros sin dedicar ni una palabra al sufrimiento causado a las víctimas de su violencia.

En el último comunicado, el de 2018, ETA proclamaba su disolución definitiva:

“ETA nació cuando Euskal Herria agonizaba, ahogada por las garras del franquismo y asimilada por el Estado jacobino, y ahora, 60 años después, existe un pueblo vivo que quiere ser dueño de su futuro, gracias al trabajo realizado en distintos ámbitos y la lucha de diferentes generaciones” [...]

“ETA desea cerrar un ciclo en el conflicto que enfrenta a Euskal Herria con los estados, el caracterizado por la utilización de la violencia política. Pese a ello, los estados se obstinan en perpetuar dicho ciclo, conscientes de su debilidad en la confrontación estrictamente política y temerosos de la situación que provocaría una resolución integral del conflicto. Por contra, ETA no tiene miedo alguno a ese escenario democrático, y por eso ha tomado esta decisión histórica, para que el proceso en favor de la libertad y la paz continúe por otro camino”.

Incluso en el momento de su desaparición, ETA sigue manteniendo un discurso que perpetua la falsa imagen de una organización antifranquista, cuando está más que demostrado que eso no fue así, y que los etarras mataron el 95% de sus víctimas después de la muerte de Franco (Fernández Soldevilla, 2021: 61; Reinares, 2011: 153). España y Francia siguen siendo descritos como obstáculos para el conseguimiento de la paz, mientras que ETA se autoproclama como la única organización que realmente quiere resolver de manera integral el “conflicto” para instaurar un “escenario democrático”. Además, ETA pretende imponer el relato según el cual, de *motu proprio*, ha decidido emprender “otro camino”, ya prescindiendo del uso de la violencia. Sin embargo, omite su incapacidad para seguir funcionando debido al éxito de las operaciones policiales y a su debilitación estructural interna (Domínguez, 2017).

Incluso hoy, en un determinado entorno ultranacionalista radical vasco (en el cual se incluyen a exmilitantes de ETA) se sigue justificando la violencia del pasado, interpretándola como única alternativa “para buscar la liberación” frente a la represión del estado español (Gago y Ríos, 2021: 113). Se sigue hablando de una ETA antifranquista y de un Estado español franquista incluso después de la muerte de Franco (Gago y Ríos, 2021: 104); de una ETA que había nacido “para evitar el sufrimiento de este pueblo [Euskal Herria]” (Gago y Ríos, 2021: 121); de una ETA respaldada por la sociedad vasca y única fuerza en luchar realmente “por una sociedad que fuera mejor para la gente” (Gago y Ríos, 2021: 111); de un “movimiento político muy unido a la gente” (“nos conocen en los pueblos, nos aplauden cuando salimos de la cárcel y todavía caminas por tu barrio y te recuerdan”) (Gago y Ríos, 2021: 121); de la idea de que la “lucha armada” (que no el terrorismo) fuera un “instrumento de defensa” (Gago y Ríos, 2021: 114); de la equidistancia entre el sufrimiento de las víctimas de ETA y los presos de ETA, la idea de que hay que “contar a todos por igual” (Gago y Ríos, 2021: 121); de “reconciliación”, cuando no había dos bandos enfrentados, de “paz”, allá donde habría que hablar de final del terrorismo, ya que no hubo ninguna guerra (Alonso, 2013; Rivera, 2018).

Al margen de las narrativas propiamente realizadas por los terroristas y su entorno más directo, tenemos otras promovidas de manera incluso involuntaria por quien con el terrorismo nada tiene que ver y, aun así, contribuye a que se magnifique el papel del terrorista y se suavice su naturaleza criminal. Algunas películas, series de televisión, novelas, canciones han proporcionado determinados elementos que despojaban al terrorista de su fanatismo, lo idealizan y, a veces, lo llegan incluso a transformar en víctima. La sobreabundancia de este tipo de producciones (sobre todo de series de televisión) llevan a la normalización de la violencia y,

acto seguido, a su banalización (Rivera y Mateo, 2020: 9-15).

3. El paso del tiempo y los testimonios de las víctimas

Tras el final de la violencia es necesario preservar la memoria y contar lo que ocurrió de manera fehaciente, pero sin olvidarnos de la clara cesura entre quien mató y quien sufrió la violencia y padeció el escarnio por parte de un entorno hostil. Es fundamental llevar a cabo una contra/narrativa eficaz, para que no triunfen mensajes contradictorios y falsos sobre, por ejemplo, la existencia de una ETA buena y dialogante y de un Estado opresor y antidemocrático (en realidad dos, España y Francia).

Pero ¿cómo recordamos?, ¿cómo contamos lo que pasó?, ¿cómo es posible contrarrestar las narrativas dogmáticas de los terroristas y de su entorno?

El obstáculo principal al que nos tenemos que enfrentar para crear unas contranarrativas es el tiempo. Cuanto más tiempo pasa, más se debilita la memoria. Hace falta luchar contra el olvido, que borra el recuerdo, y prestar atención a la memoria, que transforma el recuerdo.

Las nuevas generaciones son las más afectadas por este paso inexorable del tiempo, al no tener el recuerdo de lo que pasó ni, a menudo, los conocimientos para poder analizar el contexto que favoreció que determinados hechos ocurrieran.

La inmensa mayoría de los jóvenes españoles (el 60%), según una encuesta realizada por Gad3 en octubre de 2020, no sabe nada del asesinato de Miguel Ángel Blanco, 7 de cada 10 ciudadanos desconocen quién es Ortega Lara y qué le pasó, el 40% de las personas encuestadas no identifica a Irene Villa como a una víctima de ETA y más de la mitad de los jóvenes no han oído hablar del atentado de Hipercor, mientras que son muy pocos los que saben qué fueron los GAL².

Este tipo de olvido no ocurre solo en España. En mi país, Italia, en unas encuestas realizadas por el *Corriere della Sera* en ocasión del cuarenta aniversario del atentado en el Banco Nacional de Agricultura de Milán, se preguntaba a los alumnos de algunas escuelas milanesas sobre lo ocurrido el 12 de diciembre de 1969 (el día del atentado). Muchísimos admitieron no tener ni idea de lo que pasó, el 44% de los que sí sabían que se produjo un atentado, dijo que lo habían perpetrado las Brigadas Rojas, mientras que tan solo el 8% contestó que los autores fueron unos militantes neofascistas (tal y como realmente fue). La *Asociación de víctimas del atentado de la estación de Bolonia* del 2 de agosto de 1980 llevó a cabo una encuesta similar, de la cual se desprendía que solo el 15% de los estudiantes entrevistados tenía la percepción de que había pasado algo grave el 2 de agosto de 1980 en Bolonia. Alrededor de un 30% de ellos contestaba que habían sido las Brigadas Rojas en colocar la bomba que había matado a 85 personas y herido a decenas, y otro 30% opinaba que el gesto había sido, efectivamente, obra de unos terroristas neofascistas. La confusión entre las nuevas generaciones es grande, a menudo fomentada por un sistema escolar deficitario, que rara vez incluye en su programa los años del terrorismo. A eso, hay que añadir el tinte político que aquellos acontecimientos tienen. Persiste una parte del profesorado que se resiste a analizar esos años prescindiendo de una interpretación ideológica. Por otra

² Para profundizar en la encuesta realizada, véase: <https://www.gad3.com/solo-cuatro-de-cada-10-jovenes-saben-identificar-a-miguel-angel-blanco/>

parte, no son muchos los profesores que realmente conocen aquellos hechos y los pueden contar sin caer en una interpretación sesgada.

Cuando se habla de recordar un pasado incómodo, trágico y doloroso, a menudo se cita a Primo Levi, que sufrió una larga y dura deportación en el campo de concentración nazi de Auschwitz. En una de sus obras más emblemáticas, *I sommersi e i salvati* (*Los hundidos y los salvados*), Levi advierte sobre la imposibilidad de contar de manera fehaciente lo que realmente pasó. Ni siquiera él, que vivió ese horror en primera persona, lo puede hacer. Dice el autor que “los recuerdos que tenemos dentro de nosotros no están escritos en la piedra; no solamente tienden a borrarse con el paso de los años, sino que se modifican”. Y, prosigue: “un recuerdo demasiado a menudo evocado, y expresado en forma de relato, tiende a fijarse en un estereotipo”. Por último: “el recuerdo de un trauma es en sí mismo un recuerdo traumático, para quien lo padece y para quien lo provoca, porque evoca el dolor sufrido” (Levi, 2007: 13-14). Pero en algo Primo Levi no tiene dudas, en que ambos, víctima y victimario, han caído en la misma trampa, pero es solo el victimario el responsable de que eso haya ocurrido. El opresor sigue siendo opresor, la víctima es víctima, no se pueden intercambiar los roles ni confundirlos. Esta es una premisa fundamental para todo tipo de contranarrativa del terrorismo: la imposibilidad de mezclar las cartas encima de la mesa.

¿La labor pedagógica entre las nuevas generaciones debería incluir lecturas de o sobre víctimas?

En algunos países europeos se suele leer en la escuela a Primo Levi y el Diario de Ana Frank para sensibilizar al alumnado sobre los horrores del holocausto (López Romo, 2020: 162). ¿Se podría repetir este esquema con el terrorismo? ¿Sería realmente posible introducir en el plan de estudio la lectura de algunos libros escritos por las víctimas del terrorismo?

Si casi nadie se opondría a la lectura de un superviviente de los campos de concentración nazi (ni padres, ni alumnos, ni profesores), cabe alguna duda sobre si eso mismo pasaría con un superviviente de ETA o un familiar de un asesinado por ETA, especialmente en algunos territorios del país (por el rechazo social que eso provoca en una parte de la población). Sería también complicado introducir en el temario textos que sensibilicen con las víctimas de organizaciones yihadistas. Más por miedo, en este caso³.

Aun así, habría que fomentar de todas formas este tipo de lecturas, pero también, tal y como en algunas escuelas ya se está haciendo, impulsar la presencia de las víctimas en las aulas, para que sean ellas las que proporcionen su testimonio directo. Las narrativas de las víctimas concilian razón y emoción. Sus relatos, además, permiten rehumanizarlas. Todo esto al margen de las frías cifras que enumeran a los fallecidos (“ETA mató a 853 personas”), que no ayudan a la víctima a recobrar su esencia y que, además, nos dicen poco de la contextualización de determinados hechos. Las Brigadas Rojas italianas, por ejemplo, mataron a más personas que el GRAPO. Sin embargo, esta organización terrorista española tiene una escasa presencia en los estudios sobre terrorismo y en las producciones audiovisuales ya que sus números son ensombrecidos por la magnitud de ETA.

³ Lo ocurrido en Francia con el profesor de secundaria Samuel Paty, asesinado por haber enseñado en clase unas imágenes del profeta Mahoma, es probable que, no solo en el país gallo, haya inculcado un cierto miedo a la hora de tratar determinados temas vinculados con la radicalización islamista.

Los encuentros con las víctimas del terrorismo en las escuelas son fundamentales no solo para preservar el recuerdo, sino también para prevenir la radicalización. En España la prevención de la radicalización no tiene que limitarse al islamismo radical (como suele ocurrir en algunos países europeos), sino extenderse al entorno nacionalista radical, especialmente entre los más jóvenes, entre quienes no vivieron en primera persona los años más duros del terrorismo de ETA. Al no tener recuerdos de ese periodo algunos jóvenes tienden a magnificarlo, probablemente debido también a un cierto tipo de “narrativa familiar”, conformada por los relatos que estos muchachos escuchan en sus propias casas.

La prevención de la radicalización tendría que ampliarse también a la extrema izquierda antifascista (los denominados *antifa*) (González Cuevas, 2021). Su violencia está aumentando y hechos como los incidentes producidos tras la detención del rapero Pablo Hasel o en algunos momentos del *procés* catalán lo demuestran. Por último, hay que mantener una vigilancia constante en la radicalización de extrema derecha.

4. Conclusiones

Hoy se conocen muchos detalles sobre los perpetradores, sean ellos etarras, brigadistas, militantes del IRA o yihadistas, ya que disponemos de comunicados, entrevistas, revistas, periódicos y material audiovisual propios que, a menudo, los mismos medios de comunicación se han ocupado de difundir. Los terroristas, en definitiva, disfrutaron de un singular espacio público. Lo que menos se conoce (aunque esta tendencia ha ido modificándose con el paso del tiempo) es el punto de vista de las víctimas, sus historias, su drama.

Por otra parte, a pesar de la disolución de ETA, permanece el discurso del odio. Se asiste a una constante revictimización a través de los Ongi Etorri, de la violencia verbal (y a veces física), de las pintadas amenazantes, del relato justificador de la violencia. Sigue habiendo un caldo de cultivo, sobre todo juvenil, preocupante. Hay jóvenes que no vivieron los años más duros del terrorismo etarra y que ahora son los que más corren el riesgo de radicalizarse, debido también a la falta de memoria de lo que pasó. Es en este contexto que la contranarrativa adquiere una importante labor de prevención.

Hace falta ahondar en las motivaciones individuales que llevaron al perpetrador a escoger el terrorismo de entre todas las opciones de las que disponía; derribar el muro detrás del cual los terroristas y su entorno se escudan, todavía hoy, afirmando que fueron víctimas del sistema. No fue así. Muchísimas personas en su misma situación no decidieron coger un arma y matar. Valga como ejemplo lo que afirmó en su libro el ex-etarra Iñaki Rekarte: “El día que mi amigo llegó anunciándome que tenía un enlace serio y me preguntó si yo también quería entrar en ETA, desde lo más profundo de mi ser deseé decirle que no. Sin embargo, le contesté que sí. Aquel fue uno de esos momentos absolutamente claros y definitorios en los que te das cuenta de que te encaminas hacia al desastre y, a pesar de todo, tiras para delante” (Rekarte, 2015: 36). La decisión de militar en ETA (o en cualquier otra organización terrorista) fue un camino individual de cada uno de sus militantes.

Ahora, una vez terminado el terrorismo etarra, los mecanismos socio-cognitivos de justificación de la violencia se convierten en elementos de defensa de aquel pasado violento. Ya no hay terrorismo, pero esa violencia de antaño, hoy, es descrita como la única alternativa posible para enfrentarse a un estado opresor y liberticida. Hay que desmontar esta interpretación falaz, este último reducto del terrorista, sin el cual toda su

existencia perdería de sentido. Reconocer que el uso de la violencia fue un error, que fue inútil e injusto y que solo trajo sufrimiento, equivaldría a admitir el fracaso de toda una vida.

Hace falta abandonar las interpretaciones ambiguas que edulcoran la realidad, basándose en la objetividad científica para, en el fondo, justificar una injustificable equidistancia entre víctima y victimario. Esto ocurre cuando se evita utilizar las palabras “terrorismo” o “terrorista”, sustituyéndolas por “lucha armada” y “militante”; cuando se da a entender que hubo un conflicto entre dos bandos enfrentados; cuando se sigue interpretando a ETA como a una organización antifranquista, etc.

Para sensibilizar a las nuevas generaciones, es importante que haya empatía entre víctimas y jóvenes. Por ello, es necesario encontrar el perfil adecuado de quien acude a los encuentros en las escuelas, intentando que el gap generacional no sea demasiado grande.

Por último, hace falta estudiar los años del terrorismo como algo que afectó a toda la sociedad en su conjunto, no solo a una parte de ella. Así evitaremos caer en la normalización y frivolidad del terrorismo.

Referencias bibliográficas

ALONSO, Rogelio (14 de febrero de 2013), “Narrativas y contra-narrativas”, *El Correo*.

DANIEL, Sara (2004), <https://sara-daniel.com/yo-lo-decapite/>.

El Mundo (21 de diciembre de 2014), “Yo no he asesinado a nadie, yo he ejecutado. No me arrepiento”: <https://www.elmundo.es/espana/2014/10/20/5444c1f4ca474174168b4570.html>

DOMÍNGUEZ, Florencio (2017), *Las claves de la derrota de ETA*, Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo.

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2021), *El terrorismo en España. De ETA al Dáesh*, Madrid, Cátedra.

FRANCO FERRACUTTI, (1982) “A Sociopsychiatric Interpretation of Terrorism,” *Annals of American Academy of Political and Social Science*.

GAGO, Egoitz y RÍOS, Jerónimo (2021), *La lucha hablada. Conversaciones con ETA*, Madrid, Altamarea.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (9 de julio de 2021), *Antifascismo: peligro y contradicción*, *El Mundo*.

LEVI, Primo (2007), *I sommersi e i salvati*, Torino, Einaudi.

LÓPEZ ROMO, Raúl (2020), “La educación ante el terrorismo”, en Rivera, Antonio y MATEO, Eduardo, *Las narrativas del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

REINARES, Fernando (2011), *Patriotas de la muerte*, Barcelona, Taurus.

REKARTE, Iñaki (2015), *Lo difícil es perdonarse a uno mismo*, Barcelona, Península.

RIVERA, Antonio y MATEO, Eduardo (2020), *Las narrativas del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

RIVERA, Antonio (2018), “Una paz donde no hubo guerra. El final del terrorismo en el País Vasco”, *Vínculos de Historia*, n. 7